

Introducción

MÁS ALLÁ DEL «DESAPALANCAMIENTO»

Hace casi un cuarto de un siglo, en el verano de 1989, Francis Fukuyama pudo atreverse a predecir «una descarada victoria del liberalismo económico y político... el Triunfo de Occidente», y proclamar que «el punto final de la evolución ideológica de la humanidad» era «la universalización de la democracia liberal occidental como forma última de gobierno humano».¹ ¡Qué distinto parece hoy el mundo! La del «liberalismo económico» es una marca deslustrada, mientras que los defensores del «capitalismo de Estado» en China y otros lugares se burlan abiertamente de la democracia occidental. Occidente se estanca, y no solo en términos económicos. El Banco Mundial esperaba que en 2012 la economía europea se contrajera y Estados Unidos creciera solo un 2 por ciento. En cambio, China crecería el cuádruple, y la India el triple. Según el Fondo Monetario Internacional, en 2016 el producto interior bruto de China podría superar al de Estados Unidos.*

* Sobre una base de paridad de poder adquisitivo, ajustada al hecho de que los bienes y servicios no comercializables son mucho

Quienes en 1989 invirtieron dinero en Occidente se han visto castigados (no han ganado nada desde 2000), mientras que quienes lo hicieron en el resto del mundo se han visto recompensados con generosidad. Esta «gran reconvergencia» es un acontecimiento histórico mucho más asombroso que el derrumbamiento del comunismo que tan sagazmente anticipó Fukuyama. En la época en que él escribía, el centro de gravedad económico del mundo se hallaba todavía firmemente asentado en el Atlántico Norte. Hoy está más allá de los Urales, y en 2025 se encontrará justo al norte de Kazajistán, aproximadamente en la misma línea de latitud en la que se hallaba en 1500, en vísperas de la supremacía de Occidente.²

La explicación de moda de la desaceleración occidental es el «desapalancamiento»: el doloroso proceso de reducción de la deuda (o de reparación del balance general). Desde luego, hay pocos precedentes del nivel de deuda que hoy tiene Occidente. Por ejemplo, esta es solo la segunda vez en la historia de Estados Unidos que la suma de la deuda pública y privada excede el 250 por ciento del PIB. En un estudio realizado sobre 50 países, el Instituto Global McKinsey identifica 45 episodios de desapalancamiento desde 1930. En solo ocho de ellos la ratio inicial deuda/PIB superaba el 250 por ciento, como ocurre hoy no solo en Estados Unidos, sino también en los principales países de habla inglesa (incluidos Australia y Canadá) y en los principales países continentales europeos (incluida

más baratos en China que en Estados Unidos. En términos de dólares corrientes, en 2016 el tamaño de la economía china todavía será el 60 por ciento de la estadounidense, frente al 8 por ciento de 1989.

Alemania), además de Japón y Corea del Sur.³ El argumento del desapalancamiento es que las familias y los bancos están luchando para reducir sus deudas después de haber apostado insensatamente por unos precios de la propiedad en constante aumento. Pero en la medida en que la gente ha intentado gastar menos y ahorrar más, la demanda agregada ha caído. A fin de impedir que este proceso genere una deflación letal de la deuda, los gobiernos y los bancos centrales han intervenido con estímulos fiscales y monetarios sin precedentes en tiempos de paz. Los déficits del sector público han ayudado a mitigar la contracción, pero corren el riesgo de transformar una crisis de exceso de deuda privada en una crisis de exceso de deuda pública. Del mismo modo, la ampliación de los balances generales de los bancos centrales (la base monetaria) impidió un aluvión de quiebras bancarias, pero hoy parece tener rendimientos decrecientes en términos de reflación y crecimiento.

Sin embargo, aquí hay algo más que el mero desapalancamiento. Consideremos este hecho: a partir de junio de 2009, la economía estadounidense creó 2,4 millones de empleos en los tres años siguientes. En ese mismo período, 3,1 millones de trabajadores solicitaron subsidios por incapacidad. El porcentaje de estadounidenses en edad laboral que cobraban un seguro de incapacidad aumentó de menos del 3 por ciento en 1990 al 6 por ciento en 2009.⁴ El paro se oculta —y se convierte en permanente— de formas con las que los europeos están demasiado familiarizados. Se clasifica como discapacitadas a personas sanas, que ya no vuelven a trabajar más. De ese modo, no protestan. Lo normal era que alrededor del

3 por ciento de la población estadounidense se trasladara a otro estado cada año, por lo general en busca de trabajo; esa cifra se ha reducido a la mitad desde que empezó la crisis financiera en 2007. También la movilidad social se ha reducido. Y asimismo, a diferencia de la Gran Depresión de la década de 1930, nuestra «ligera depresión» está haciendo poco por reducir la enorme desigualdad en la distribución de la renta que se ha producido durante las tres últimas décadas. La proporción de la renta en manos del 1 por ciento de las familias más ricas aumentó del 9 por ciento en 1970 al 24 por ciento en 2007; y en los tres años de crisis posteriores descendió menos de 4 puntos porcentuales.

No se puede culpar de todo esto al despalancamiento. En Estados Unidos, el debate más generalizado se da en torno a la globalización, el cambio tecnológico, la educación y la política fiscal. Los conservadores tienden a señalar la primera y el segundo como inexorables motores de cambio, destruyendo los empleos de baja cualificación al «deslocalizarlos» o automatizarlos. Los progresistas prefieren ver el aumento de la desigualdad como el resultado de una inversión insuficiente en educación pública, junto con unas reducciones fiscales republicanas que han favorecido a los ricos.⁵ Pero existen buenas razones para pensar que hay otras fuerzas en juego; fuerzas que tienden a pasarse por alto en la cansina bronca sectaria que hoy suplanta al debate político en Estados Unidos.

La crisis de las finanzas públicas no es un fenómeno exclusivamente estadounidense. Japón, Grecia, Italia, Irlanda y Portugal son también miembros del club de países con deudas públicas superiores al 100 por ciento del PIB.

En 2010, la India tenía un déficit cíclicamente ajustado superior incluso al de Estados Unidos, mientras que Japón afrontaba el reto, aún mayor, de estabilizar su ratio deuda/PIB en un nivel sostenible.⁶ Tampoco los problemas paralelos del crecimiento lento y el aumento de la desigualdad se limitan a Estados Unidos. En todo el mundo de habla inglesa, la proporción de la renta en manos del 1 por ciento de las familias más ricas ha ido en aumento más o menos desde 1980. Lo mismo ha ocurrido, aunque en menor grado, en algunos estados europeos, en particular Finlandia, Noruega y Portugal, así como en numerosos mercados emergentes, incluida China.⁷ Ya en 2010 había en China al menos 800.000 millonarios y 65 multimillonarios (en ambos casos en dólares). En 2010, del 1 por ciento global de las familias más ricas, 1,6 millones eran chinas, lo que representa cerca del 4 por ciento del total.⁸ Aun así, otros países —incluida la economía más exitosa de Europa, Alemania— no se han hecho más desiguales, mientras que algunos países menos desarrollados, en especial Argentina, se han hecho menos iguales sin hacerse más globales.

Por definición, la globalización ha afectado a todos los países en mayor o menor medida. Y lo mismo ha ocurrido con la revolución en la tecnología de la información. Pero los resultados en términos de crecimiento y distribución varían enormemente. Para explicar esas diferencias no basta un enfoque estrictamente económico. Tomemos el caso de la deuda excesiva o apalancamiento. Cualquier economía fuertemente endeudada se enfrenta a una limitada gama de opciones. En esencia hay tres:

1. aumentar la tasa de crecimiento por encima del tipo de interés gracias a la innovación tecnológica y (quizá) a un uso juicioso del estímulo monetario;
2. incumplir el pago de una gran proporción de la deuda pública y declararse en quiebra para eludir la deuda privada; y
3. saldar las deudas por medio de la depreciación monetaria y la inflación.

Pero nada en la teoría económica establecida puede predecir cuál de las tres —o qué combinación de ellas— elegirá un país en concreto. ¿Por qué a partir de 1918 Alemania se precipitó por la senda de la hiperinflación? ¿Por qué a partir de 1919 Estados Unidos se precipitó por la senda del impago de la deuda privada y la bancarrota? ¿Por qué no fue al revés? En el momento de redactar estas líneas cada vez parece menos probable que ninguna de las principales economías desarrolladas sea capaz de desinflar su pasivo como ocurrió en muchos casos en las décadas de 1920 y 1950.⁹ Pero ¿por qué no? La famosa sentencia de Milton Friedman de que la inflación es «siempre y en todas partes un fenómeno monetario» deja sin respuesta las preguntas de quién crea el exceso de dinero y por qué lo hace. En la práctica, la inflación es primordialmente un fenómeno *político*. Su probabilidad está en función de factores tales como los contenidos educativos de la élite; la competencia (o la falta de ella) presente en una economía; el carácter del sistema judicial; los niveles de violencia, y el propio proceso de toma de decisiones políticas. Solo con métodos históricos podemos explicar por qué en los últimos treinta años tantos países crearon formas de

deuda que deliberadamente no se podían desinflar; y por qué, como resultado, la próxima generación tendrá que portar de por vida la carga de unos pasivos contraídos por sus padres y abuelos.

Del mismo modo, es fácil explicar por qué la crisis financiera estuvo causada por unas instituciones financieras demasiado grandes y demasiado apalancadas, pero resulta mucho más difícil explicar por qué, después de más de cuatro años de debate, el problema de los bancos «demasiado grandes para quebrar» no se ha resuelto. De hecho, y pese a la aprobación de leyes que abarcan literalmente miles de páginas, ha empeorado de manera notable.¹⁰ Hoy, apenas diez instituciones financieras extremadamente diversificadas son responsables de las tres cuartas partes del total de activos financieros gestionados en Estados Unidos. Y, sin embargo, a los mayores bancos del país les faltan al menos 50.000 millones de dólares para cumplir los nuevos requisitos de capital establecidos en los acuerdos Basilea III para regular la suficiencia de capital bancario. Una vez más, solo un enfoque político e histórico puede explicar por qué hoy los políticos occidentales piden simultáneamente a los bancos que presten más dinero y que reduzcan sus balances generales.

¿Por qué hoy resulta cien veces más caro sacar un nuevo medicamento al mercado que hace sesenta años, un fenómeno que Juan Enríquez ha calificado como «ley de Moore* al revés»? ¿Por qué probablemente la Administra-

* La ley de Moore, formulada en 1965 por George Moore, cofundador de Intel, predecía que el número de transistores que pueden meterse en un chip de ordenador se duplicaría cada dos años.

ción de Alimentos y Medicamentos de Estados Unidos (FDA, por sus siglas en inglés) prohibiría la venta de sal de mesa si esta se presentara como un nuevo producto farmacológico (ya que, al fin y al cabo, en grandes dosis resulta tóxica)?¹¹ ¿Por qué, por poner otro ejemplo ilustrativo, un periodista estadounidense necesitó sesenta y cinco días para conseguir el permiso oficial (incluido, tras una espera de hasta cinco semanas, el certificado de manipulador de alimentos) para abrir un puesto de limonada en la ciudad de Nueva York?¹² Esta es la clase de papeleo burocrático debilitador al que los economistas del desarrollo culpan a menudo de la pobreza en África o en Latinoamérica. La justificación que se da por las rígidas normas de la FDA es evitar la venta de un fármaco como la talidomida. Pero la consecuencia no deseada es, casi con certeza, permitir que mucha más gente muera prematuramente en comparación con el momento en que habría muerto a causa de los efectos secundarios de haber existido un régimen menos restrictivo. Contamos y recontamos los costes de tales efectos secundarios. Pero no contamos los costes de no permitir que pudiera disponerse de nuevos fármacos.

¿Por qué exactamente en Estados Unidos la movilidad social ha disminuido en los últimos treinta años, reduciendo a menos de la mitad la probabilidad de que un hombre nacido en el cuartil inferior de la distribución de la renta termine su vida en el cuartil superior?¹³ Antaño Estados Unidos tenía fama de ser una tierra de oportunidades, donde una familia podía pasar de pobre a rica en una generación. Pero hoy, si has nacido de padres situados en el quintil inferior de la renta, tienes solo una posibilidad del 5 por ciento de llegar al quintil superior sin un título universita-

rio. Los miembros de lo que el politólogo Charles Murray ha denominado la «élite cognitiva», bien educados en universidades privadas, casados entre sí y concentrados en unos cuantos barrios exclusivos, parecen cada vez más una nueva casta, equipada con riqueza y poder suficientes para anular los efectos de la regresión a la media en la reproducción humana, de modo que hasta su progenie más corta de luces herede su estilo de vida.¹⁴

EL ESTADO ESTACIONARIO

En dos pasajes raramente citados de *La riqueza de las naciones*, Adam Smith describía lo que él denominaba «el estado estacionario»: la situación de un país anteriormente rico que había dejado de crecer. ¿Cuáles eran las características de dicho estado? De manera significativa, Smith destacaba su carácter socialmente regresivo. En primer lugar, los salarios de la mayoría de la gente eran miserablemente bajos:

Por grande que sea la riqueza de un país, como esté mucho tiempo estacionaria, o sin aumentarse incesantemente, no hay que creer que se aumente el precio de los salarios del trabajo ... el estado en que parece ser más feliz y soportable la condición del pobre trabajador, y de la mayor parte del común pueblo, es aquel que se llama progresivo, o en que la sociedad no cesa de adelantar; siendo este más ventajoso que aquel en que ya ha adquirido toda la plenitud de sus riquezas. La condición del pobre es dura en el estado estacionario, o en que ni adelanta ni atrasa la na-

ción; y es miserable en el decadente de la sociedad. El progresivo es en realidad el próspero, el alegre, el deseado de todas las clases del pueblo; el estacionario es triste; el decadente, mustio y melancólico.¹⁵

El segundo rasgo característico del estado estacionario era la capacidad de una élite corrupta y monopolista de explotar el orden jurídico y la administración en su propio beneficio.

En un país además de esto donde, aunque el rico y el que posee gruesos capitales goce de la mayor seguridad, apenas vive seguro el pobre y el que solo ha podido granjear un caudal escaso, estando expuestos siempre a ser insultados, con el pretexto de justicia, por el pillaje, el robo y la estafa de los mandarines subalternos, la cantidad de los fondos empleados dentro de él en los diferentes ramos de tráfico y comercio interior no puede ser tan grande, ni proporcionada a lo que es capaz de admitir la naturaleza y extensión de aquellas negociaciones. En todos aquellos ramos la opresión del pobre no puede menos de ocasionar el monopolio del rico, el cual, engrosándose con una especie de tráfico exclusivo, podrá hacer cada vez mayores sus ganancias.¹⁶

Desafío al lector occidental a no sentir una incómoda sensación de familiaridad en la lectura de estos dos pasajes.

En la época de Smith, obviamente, era China la que estaba «mucho tiempo estacionaria»: un país antaño «opulento» que simplemente había dejado de crecer. Smith culpaba del estancamiento a las deficientes «leyes e instituciones» de China, incluida su burocracia. Más libre comer-

cio, más estímulo para la pequeña empresa, menos burocracia y menos capitalismo clientelista: esta era la receta de Smith para curar el estancamiento chino. Él era testigo de lo que tales reformas estaban haciendo a finales del siglo XVIII para galvanizar la economía de las islas Británicas y sus colonias americanas. Hoy, en cambio, si Smith volviera a visitar aquellos mismos lugares observaría una extraordinaria inversión de papeles: somos nosotros, los occidentales, quienes nos hallamos en estado estacionario, mientras China crece más deprisa que ninguna otra gran economía del mundo. Las tornas de la historia económica se han cambiado.

Este libro trata de las causas de nuestro estado estacionario. Se inspira en la idea de Smith de que tanto el estancamiento como el crecimiento son en gran medida el resultado de «leyes e instituciones». Su tesis central es que lo que valía para China en la época de Smith vale para una gran parte del mundo occidental en la nuestra. Son nuestras leyes e instituciones las que constituyen el problema. La gran recesión es meramente un síntoma de una gran degeneración, más profunda.

LAS CUATRO CAJAS NEGRAS

Para demostrar que las instituciones occidentales ciertamente han degenerado, voy a abrir algunas cajas negras que han permanecido selladas durante largo tiempo: la primera es la etiquetada como «democracia»; la segunda lleva el rótulo de «capitalismo»; la tercera es «el imperio de la ley», y la cuarta, la «sociedad civil». En conjunto, constitu-